

# Filosofía, Arte y Letras

## Señora muerte que se va llevando

Por Germán Arciniegas

Cuando estoy más solo, solo, solo, en tierras extrañas, que no son la mía... entre desbordamientos de muchedumbres de aluvión... siempre hay algo que me tiende la mano y acompaña. Es la mano de Colombia. Una Colombia hecha de fragmentos de viejos amigos, de rincones secretos, de futilidades y pedazos del tiempo pasado. Arbitraria y ajena a todos los demás.

Quién, arrastrado por una curiosidad malsana, no ha ido a parar a un desierto de Egipto, a una isla de Grecia, a la calle peor de Nueva York, y se queda de pronto suspendido ante una casita blanca de tejas coloradas en el remanso de una quebrada, perdido en los poltreros de la memoria?

La Colombia que me tiende la mano y acompaña es esa que se queda flotando en el aire sostenida en un verso afortunado, de palabras comunes... Como ocurre en esos poemas que viven quinientos años a que si se los lleva el viento. Y el viento no se los lleva jamás, nunca.

Gutierre de Cetina, una vez, cuando vez diciendo: "Ojos claros, serenos..." Decir esto, es decir nada. Y cada vez que soñamos despiertos, vivos, con las meras sombras de cualquier melancolía, otra vez "Ojos claros, serenos..." repetimos, y seguimos recordando hasta "ya que así me mirais, miradme al menos".

El poema, para que perdure, ha de sostenerse en el aire. Cuando estoy más solo, y más perdido, y más lejano, siempre me sale al encuentro algo como lo de "Ojos claros serenos..." Me viene de lo más entrañable de una patria impalpable. Tal vez no miento al decir que es siempre un verso de León. Versos que él me daba, hace más de cincuenta años (cincuenta y cinco, cincuenta y ocho), cuando estaba en la cárcel. La cárcel era el Banco Central, en la carrera sétima.

León, detrás de la rejilla, con una caligrafía perfecta, hacía números. No se equivocó nunca. León daba miedo. Unas veces raspado, otras barbudo, con una pipa que en el Bogotá de entonces era muy rara (suya y de Luis Tejada, más tarde de Adél López y de Uribe White...), los ojos verdes saltados, en vez de decir cosas, daba zarzapos. Ahora acabo de saber que León ha muerto. Puedo decirlo abiertamente: le tenía miedo, lo reverenciaba.

Yo publicaba entonces revistillas, papeluchos y León me daba —a mí, que no valía un comino— unas hojillas de cuaderno, escritas en la misma caligrafía del Banco. Yo leía: "Riela en mi alma tu recuerdo..."

"Señora la lluvia tocaba en su clave..." "El tedio, el fastidio y el odio..." "Esta rosa fue festivo..." "Esta mujer es una urna..." Yo sabía muy bien que aquello que él me daba podría seguir vibrando en el aire doscientos, trescientos años. Tenía la mayor seguridad de que de ese infeliz papel que las publicaba, canciones partirían para la vida de no morir. Esta la razón de mi acercamiento reverencial.

Cincuenta y tantos años fuimos amigos, y cincuenta y tantos años duró y sigue, más allá de "Señora muerte que se va llevando..." una que no fue del todo amistad. (Entonces, como hoy, pienso que el monstruo que inventó aquellos instantes mágicos "Esa mujer es una urna..." se movía en un nivel tan alto que ahora hace llorar en el recuerdo).

Tal vez el primer poema que me dio para el papelucho era:

Perfumes, aromas ya idos...  
Aromas, perfumes... Aromas  
de álces, sándalos y gomas,  
suaves perfumes abolidos:  
¿En cuáles Edenes perdidos,  
en cuáles Pompeyas, Sodomas,  
Lutecias, Corintios y Romas,  
estais?

Hoy como siempre, en estas soledades infinitas de una Europa de muchedumbre y aluviones, salgo como sonámbulo: he sabido de su muerte. Pero me tiende la mano, y me guía, así:

De etéreas, gráciles redomas,  
de pebeteros encendidos,  
en noches de goces ardidos,  
cuando los senos eran pomas  
de álces, sándalos y gomas...;  
perfumes, aromas huidos,  
suaves, perfumes, abolidos  
estais?

## El corazón roto

Por Juan Ramón Jiménez

Cref que el pobre corazón ya estaba  
compuesto para siempre. Me lo había  
atado con las cuerdas de poesía  
de mi lira alta y pura.

Comenzaba

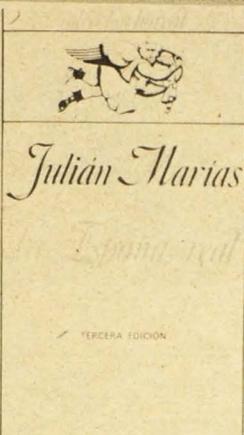
a florecer, por donde yo pasaba,  
nueva y gentil la primavera mía;  
sueños de paz y cantos de alegría  
la luz del sol en mi rincón entraba.

Entre las rosas, tú te apareciste,  
como siempre reidora e incostante,  
salvando redes y tendiendo lazos...

El mirar nobles se me puso triste,  
y el mal atado corazón amante  
se me quedó, otra vez, hecho pedazos.



Julián Marías presentando su libro "La España de hoy".



## "La España de hoy," de Julián Marías

Por Roberto Rioja

Ha sido en verdad —sin los característicos reclamos publicitarios al uso— uno de los auténticos "booms" literarios del año esta "España Real" de Julián Marías. Se presentó la primera edición —como se reseñó en su día— el 21 de abril y se agotó justo en 4 días. He ahí "su noticia": diez mil ejemplares en cuatro días. En mayo salió la segunda, que constaba de ocho mil unidades, y duró solamente veinte días en las manos de los libreros. En junio salió la tercera, formada por otros ocho mil volúmenes... y a primeros de septiembre, cuando escribimos, aún debe de quedar alguno en los anaques de las librerías. Confiamos (y que nos disculpe el autor y la editorial "Espasa-Calpe") en que este último dato, casi estadístico, se mantenga unos pocos días más; los suficientes como para que esta crónica (que en modo alguno pretende hoy ser crítica literaria) haya llegado a los medios informativos a los que va destinada. Con libros así, tales como "La España Real", la caducidad del artículo o crónica periodística es todavía más notoria. De la noche a la mañana se produce el "desfase" cronológico por obra y gracia de ese tirón popular (¿Quién dijo que los doctos y los académicos sólo escriben para "minorías"?), que arrasa en un momento con las cifras y los datos de "última hora".

### UNA EXPLICACION NECESARIA

En 1937, la editorial "Espasa-Calpe", inició la Colección Austral. Y puntualiza Julián Marías que se hizo desde Buenos Aires (por eso, precisamente, se llamó Austral), "donde fue a refugiarse un esfuerzo intelectual que la guerra civil hacía imposible en España".

"Ahora, en 1976 —explica Marías— "Espasa-Calpe" me ha pedido que dirija una nueva serie de libros, esta vez desde Madrid: Va a llamarse Colección Boreal, y nace con la esperanza de abrir una nueva época en que la libertad, la veracidad y la claridad sean posibles, acaso lleguen a ser las condiciones normales de la vida intelectual".

"La Colección Boreal —puntualiza más adelante el académico— va a reunir libros de pensamiento, y esto quiere decir libros en que se ejercite la razón frente a la realidad. Ni la mera acumulación de hechos y noticias, ni la inercia mental, ni el arcaísmo, ni las fórmulas prefabricadas, ni las simples destrezas abstractas pueden tener lugar en ella. Por el contrario, figurarán entre sus volúmenes algunos de carácter literario, ya que la literatura es una forma de pensamiento".

Ya por último, y dentro de este pórtico, Julián Marías explica que "junto a los libros más actuales, recién pensados —españoles y extranjeros— la Colección Boreal se propone salvar algunos que, escritos hace unos años o unos decenios, llenos de vitalidad y eficacia se han perdido para una u otra generación, o que por diversos azares no habían sido incorporados a la lengua española".

He ahí la gran importancia, el seguro magisterio, que va a impartir, que está impartiendo ya desde este primer volumen, la Colección Boreal. Le deseamos, por tanto, numerosas reediciones y que los primeros y tan favorables augurios de este su primer libro se acrecienten aún más, si ello es posible. Y nos tememos que la cota alcanzada por Julián Marías entre los meses de abril y septiembre (en cuanto a ediciones "en cadena", se refiere) va a ser muy difícil de superarse. No obstante, siempre cabe la posibilidad del "más difícil todavía" rizando aún más el rizo.

### DESDE EL PROLOGO

"La España Real" ha sido escrita entre julio de 1974 y agosto de 1975, menos su Epílogo —"¿Qué vamos a hacer?"— añadido durante su impresión, en diciembre del año pasado. Explica también el autor que su contenido ha sido anticipado en varias publicaciones de España y América, siguiendo la tradición de tantos libros españoles.

Estas páginas —afirma rotundamente Marías— hablan de España tal como la encuentro →

como la veo y la siento y la imagino y la pienso— no como oigo decir que es o debe ser. No he rehuido las cuestiones urgentes y apremiantes, y he dicho de ellas lo que me parece justo, sin intentar complacer a nadie.

"Si no me equivoco —concluye el autor en su prólogo, fechado el 10 de enero de este año— 1976 va a ser el comienzo de una nueva etapa, bien distinta de la que en todo el mundo está terminando. Por esto, al hablar de la España real hablo largamente del mundo que está llegando y de algunos de sus requisitos". Aquí, pues, queda constancia, el autor procura clarificar desde el primer momento la España que podrá ser.

### AL TRAVES DEL CONTEXTO.

Como dicho queda desde un principio, no pretendemos ejercer la crítica literaria —como tal— a lo largo de esta crónica porque consideramos sinceramente que no da lugar. La calidad y altura intelectual del autor, la profundidad de sus páginas —tan bien demostrada en tantas y tantas ocasiones— y el respeto hacia sus ideas (originales en grado sumo y con un sello especialísimo muchas de ellas), nos empujan a levantar crónica, como decíamos, de la realidad aplastante, rotunda y tan evidente que es esta "España Real". Hay libros de pensamiento que son verdaderas lecciones magistrales y que, desde nuestro punto de vista, no requieren ni necesitan crítica alguna —entendida como tal— porque hay que admitirlas tal cual son ya que llevan implícita la imprenta, la huella personalísima de quien las dictó y eso... no admite acotaciones marginales.

"La España Real", de Julián Marías, yo diría (y quizá sea este uno de mis escasos juicios a su obra, porque estimo que no necesita de más) que es, justamente, uno de esos pocos libros-libros que en modo alguno requieren crítica alguna. A lo sumo, algunas palabras de adhesión. Si, por otra parte, enjuiciar y criticar lleva implícito también "potenciar" —en el mejor de los casos y cuando la obra, en verdad, lo merece— eso, precisamente, hay que hacer con "La España Real": valorarla al máximo en su peso específico, en su termómetro íntimo, en sus quilates-oro (que los tiene, y en buena dosis).

Espero que lo dicho hasta aquí no rompa mi promesa de no hacer crítica a un libro que, en verdad, no la merece ni la necesita. Está ahí y sobra con eso.